

Baquadano en la guerra del Pacífico. ¿Marcó una diferencia?

Por Rafael González Amara¹

*Artículo publicado en la revista de la Sociedad
Chilena de Historia y Geografía de julio de 2021.*

Introducción

Hasta algún momento del siglo XVIII se mantuvo en pie en Occidente, aunque con declinante grado de confianza, la concepción providencialista de la historia. En último término, y sin perjuicio de reconocer en el libre albedrío un rasgo esencial de la naturaleza humana, el destino de los hombres, de sus obras y de los sucesos que protagonizaban era ineluctable. Posteriormente, la naciente ciencia histórica declinó abordar esa espinuda cuestión porque resultaba incompatible con su carácter positivista. Y en las últimas décadas, historiadores profesionales del mundo de habla inglesa se han preguntado, ¿qué habría pasado si...? Por ejemplo, si la Armada Invencible hubiera triunfado, probablemente, Inglaterra habría seguido siendo católica. Lo interesante es que la historia virtual o contrafactual, como se la denomina, lejos de ser un ejercicio de estéril melancolía, ofrece una ventana para asomarse en la búsqueda de respuestas a la interrogante central que siempre se ha formulado la Historia, el por qué. ¿Por qué las cosas ocurrieron de una manera y no

¹ El autor es Tte. (Rva) del Ejército de Chile, ingeniero civil (PUC), magister en Historia Militar y Pensamiento Estratégico (ACAGUE), diplomado en Seguridad Internacional (U. Ch.). Autor del libro "Baquadano. Controversias sobre un general invicto" y editor del libro "Las Cuatro Campañas de la Guerra del Pacífico" de Francisco Machuca. Coautor del libro "Chile-Bolivia. Breve historia de sus controversias". Es vicepresidente de los directorios de la Academia de Historia Militar y de la Corporación de Conservación y Difusión del Patrimonio Histórico Militar. Es miembro de las Juntas Directivas de la Universidad Santo Tomás, del IP y del CFT Santo Tomás. Es director de la Corporación Nacional Voto O'Higgins.

de otra, como era perfectamente posible? Por cierto, las respuestas racionales ya no pueden fundarse en la divina providencia, sino en la voluntad humana.²

Este enfoque ha ganado terreno entre los historiadores porque sus hipótesis suelen ser útiles. Constatar cuán cerca estuvieron las cosas de tomar otro rumbo ilumina el sentido de tal o cual situación, y eso ayuda a comprender lo que efectivamente ocurrió. Y para el público lector, escéptico como está —y con buenas razones— de lo que toscamente narra la historia oficial, imaginar lo que pudo ser no puede menos que resultar un relato atractivo.

Es característico del punto de vista contrafactual centrar la atención en *los hombres excepcionales*, relativizando al grado de realidades más bien condicionantes —pese a que en no pocas ocasiones sean relevantes— el valor absoluto que algunas escuelas asignan a *las fuerzas abstractas e impersonales* en la configuración de la historia. Quizás por el sangriento fracaso del colectivismo que campeó durante el siglo XX, últimamente la valorización de cada persona está en alza y no cuesta demasiado suscribir que, incluso más allá de los grandes hombres, “lo decisivo es esto: no existe una ley natural, ni histórica, que rija la marcha de las cosas en su conjunto. Lo que determina el futuro es la responsabilidad de las decisiones y actos de individuos y, en definitiva, de cada uno de los millones de hombres.”³

Dicho lo anterior y sin ánimo de llevar más lejos aquellas reflexiones, parece innecesario justificar el interés que podría despertar una investigación sobre cuál fue en su día la contribución del general Manuel Baquedano González a la victoria, dado que cuando en 1879 se inició la guerra contra Perú y Bolivia, pocos podían imaginar que tendría en ella una altísima responsabilidad. Incluso cuando la renuncia del general Erasmo Escala forzó la búsqueda de un nuevo líder militar, quien parecía tener mejores credenciales para reemplazarle era el general José Antonio Villagrán, general de división mientras Baquedano lo era de brigada, y que había sido jefe del

² Existen reflexiones en tal sentido en la obra de John Keegan y Nial Ferguson. De forma sistemática, el asunto está descrito en Richard J. Evans, *Los contrafactuales*, Editorial Taurus, Madrid, 2018.

³ Karl Jaspers, *Autobiografía filosófica*, Editorial Sur, Buenos Aires, 1964, p. 80.

Estado Mayor General del Ejército durante la gestión de mando del general Justo Arteaga.⁴ Pero una vez que el jefe de la Caballería asumió el mando del Ejército Expedicionario, si se omite el tiempo de inactividad forzosa por indecisión de La Moneda, le bastaron pocos meses para dirigir la marcha hacia el corazón de la fuerza adversaria y batirla una y otra vez en sus propios reductos, hasta disolver su valor militar y ocupar Lima.

Naturalmente, en igual orden de consideraciones, también sería legítimo preguntarse, ¿cuánto gravitó en el desenlace de la contienda el heroico sacrificio de Prat? ¿Y si su decisión de abordar al Huáscar hubiera tenido éxito? O, ¿cuál habría sido el curso de la guerra sin la intempestiva muerte del ministro Sotomayor? ¿Cómo serían Chile y el sur del continente si Bolivia hubiese respetado el Tratado de 1874? ¿Y si el Ejército, ocupando Lima, no se hubiera desmovilizado con tanta prisa, cuál pudo haber sido el escenario para el término de la guerra e, incluso, el estado de nuestras relaciones con el Perú en el presente?

En ese contexto, el propósito de este artículo se limita a mostrar las principales opiniones y decisiones militares del general Manuel Baquedano, y cómo influyeron en el desenlace de la Guerra del Pacífico. Su vida pública como candidato presidencial, parlamentario y presidente provisorio de Chile en 1891, son materias que ameritan otras líneas.

Finalmente, cabe decir que, retrospectivamente, la Guerra del Pacífica fue la última ocasión en que el consenso nacional chileno fue una sólida realidad. Atendiendo esa situación, esta Introducción no estaría completa si se omitiera que siendo la estatua ecuestre del general Manuel Baquedano el monumento cívico de mayor relieve en Santiago, a cuyo pie, como símbolo supremo de la generosa entrega a la patria del ciudadano común y corriente, reposan los restos del soldado desconocido. Por lo anterior, son de mal presagio el significado de la impune vandalización y su remoción para ser reparada y, eventualmente, reinstalada.

⁴ La figura del general Villagrán ha sido injustamente olvidada, pese a que en su día fue el oficial mejor preparado y que permaneció en servicio hasta 1888. Véase, Eduardo Rodríguez Guarachi, "El general de división José Antonio Villagrán Correas: Una personalidad en circunstancias desconocidas", en Anuario de la Academia de Historia Militar N° 29 (2015), pp. 176-205.

En el curso de la guerra del Pacífico, el carácter del general Baquedano hizo que el fiel de la balanza se inclinara en un determinado sentido en varias oportunidades. En ellas, sin su intervención, el resultado pudo ser otro. Buscando ante todo claridad en esta exposición, se las agrupó en cinco apartados que van desgranando diferentes facetas del conflicto, más una conclusión.

Dificultades en las relaciones entre las autoridades civiles y militares

Hasta hace aproximadamente un siglo, el patriotismo asumido sin excusas ni falsos pudores, e incluso con cierta ingenuidad, fue una virtud ampliamente compartida entre los chilenos. Por eso, en 1879 la movilización fue asumida con entusiasmo por todas las clases sociales, especialmente luego de la gesta heroica de Prat y su tripulación. Para imaginar el ambiente de aquellos días conviene recordar que solo habían transcurrido 40 años desde la batalla de Yungay, donde Chile había consolidado su seguridad e integridad republicana. De hecho, la Canción de Yungay, compuesta por José Zapiola, era una especie de segunda Canción Nacional, la guerrera, y hasta no hace demasiado todos los escolares la conocían. Pero el arrebato que provocó el llamado a las armas ni de lejos obedeció a la preexistencia de un encono manifiesto con el Perú y Bolivia, sino que más bien fue la respuesta a una llamada ancestral: cada generación había tenido “su” guerra. En los relatos de la época es evidente que no era otro el estado de ánimo que predomina. Quienes con posterioridad han construido hipótesis basadas en complejas elucubraciones deterministas o groseramente materialistas, han descuidado este aspecto de la psicología social. Así las cosas, el Gobierno se vio arrastrado por la emoción colectiva. No fue, pues, una contienda bélica racionalmente planificada y debidamente preparada. Sobraba determinación... pero todo estaba por hacer.

En efecto, había que organizar, reclutar, equipar y entrenar a un ejército capaz de combatir a miles de kilómetros de distancia del centro del país, primero sobre el desierto más desierto del mundo y después en territorio poblado y hostil. Alcanzar el éxito en esa empresa suponía una coordinación estrecha y fluida entre la dirección de la guerra, ejercida por el estamento político y su conducción, que

corresponde al estamento militar. Desgraciadamente, eso nunca se logró en plenitud, por lo que los desencuentros fueron una constante y, en consecuencia, las operaciones de las diversas campañas no confluyeron enérgicamente sobre un objetivo claramente definido.

Además, Chile no tenía fuerzas militares suficientes para sostener una guerra contra dos países que lo superaban ampliamente en términos de población, hombres sobre las armas y reservistas. Solo exhibía una ventaja relativa en cuanto a poderío naval y, ciertamente, un Estado con instituciones más maduras que las de los países a enfrentar. Esto último fue decisivo.

A su vez, el Ejército y la Armada carecían de mandos centralizados. No existía un Estado Mayor que elaborara y actualizara planes de defensa. Menos, una coordinación entre las dos ramas de la defensa de la época. No había fábricas de armamentos ni instalaciones apropiadas para mantener los buques. Tampoco se contaba con expertos en abastecimiento, salud, transporte o logística. En demasiados aspectos, la acción del Gobierno en tan críticas circunstancias se limitaba a conjugar el verbo improvisar...

En el frente externo, en cambio, merece destacarse la silenciosa labor profesional desarrollada por el equipo diplomático que servía en Europa, con base en París. Alberto Blest Gana —que había sido militar—, Luis Alfredo Lynch Solo de Zaldívar y Carlos Morla Vicuña, junto con adquirir y embarcar armas, municiones y otros pertrechos, entorpecieron las compras de los aliados. Igualmente se debe mencionar a Francisco Astaburuaga, que se las ingenió para comprar en los Estados Unidos carabinas Winchester... pagándolas en pesos chilenos. ¡Tal era el prestigio de Chile!

Sin lo anterior, Chile no pudo ir más allá que ocupar Antofagasta y, tal vez, arrastrar a Bolivia a un arbitraje.

Después, durante el curso de la guerra, también hubo espacio para situaciones conflictivas entre civiles y militares. Las renunciaciones de los generales en jefe, Justo Arteaga (julio de 1879), Erasmo Escala (marzo de 1880) y Manuel Baquedano (marzo de 1881) y del almirante Juan Williams Rebolledo (agosto de 1879) son

elocuentes. El motivo siempre fue la dificultad para sostener una relación armónica, en temas esenciales, con el presidente de la República o su representante en la zona de guerra.

Tal como en tiempo de paz la principal responsabilidad del Gobierno es conservar el orden público, en tiempo de guerra lo es definir su objetivo político. En esta contienda, dicho objetivo fue cambiando repetidamente y con bastante demora entre cada una de sus etapas. El Gobierno estuvo excesivamente preocupado de inmiscuirse en la toma de decisiones que les correspondían a los jefes militares, en vez de asumir sus altas funciones. Este fenómeno se conoce en nuestro tiempo como “delegación inversa”. Cuando un escalón en una organización realiza las tareas del nivel inmediatamente inferior, indefectiblemente ese escalón descenderá a ocupar el espacio del nivel siguiente, y así sucesivamente. En tal caso, los vacíos creados en el nivel más alto tienden a ser llenados por actores ajenos al cauce institucional.

El caso más claro fue la decisión de acometer la campaña de Lima, lo que el gobierno del presidente Pinto hizo sin mayor convicción y bajo la presión de la prensa y el parlamento, en particular del diputado José Manuel Balmaceda. Pero también hubo intromisiones indebidas en la esfera propiamente castrense. Por ejemplo, excediendo las atribuciones que la Ordenanza Militar otorgaba al presidente de la República, limitadas al nombramiento del general en jefe y del jefe del Estado Mayor, se permitió designar a los jefes de las divisiones y de las brigadas e incluso a comandantes de regimientos, otorgó ascensos y ordenó traslados, muchas veces sin siquiera informar al mando militar. Y a menudo los ascensos se otorgaban por razones ajenas al mérito militar y a las necesidades de la campaña, sin respetar las antigüedades del escalafón, lo que provocaba desazón en el resto de los jefes y mermaba la autoridad del general en jefe.

También el almirante Riveros tuvo que tomar severas medidas cuando supo que el ministro Vergara había dado misiones específicas a algunos comandantes de buques de la Escuadra, provocando de paso un desabastecimiento de agua en otras unidades ya que no todos los buques estaban provistos de plantas desaladoras. Y hay más; aunque parezca insólito, la caza del Huáscar fue dirigida desde La Moneda

por el ministro Santa María. Afortunadamente, el comandante Juan José Latorre logró convencer al ministro Sotomayor de cambiar el plan trazado en un distante escritorio, lo que permitió la captura del monitor en Angamos. Más allá del resultado, ¿eran esas las funciones del nivel político?

Baquedano, a diferencia de sus antecesores en el cargo, se las arregló para hacer su voluntad sin entrar en mayores conflictos con los ministros en campaña y el jefe del Estado. Antes de cada batalla, organizó las divisiones según le pareció conveniente, sin seguir lo dispuesto desde la capital y se apoyó en militares y civiles de su confianza.

Preparación de las tropas

Justo Arteaga Cuevas, el primer general en jefe del Ejército Expedicionario del Norte, desarrolló una gran labor asegurando debidamente los territorios reivindicados (el departamento boliviano del Litoral ubicado entre el paralelo 24 y el río Loa) y alistando las fuerzas para el combate a medida que iban arribando. El general Arteaga prefirió prescindir de los servicios del secretario que el Gobierno le había designado, el teniente coronel movilizado José Francisco Vergara Echevers, hombre que, sin perjuicio de su valor y otras cualidades, veía en la aventura bélica la oportunidad de brillar y así incorporarse a la carrera por el sillón de O'Higgins.

La labor encabezada por Arteaga fue fundamental para el desarrollo posterior de la guerra. En las pampas de Antofagasta los soldados y clases —en su mayoría movilizados— aprendieron a hacer uso de las armas de fuego, las técnicas del combate cuerpo a cuerpo y la disciplina militar. Fue en estos meses, cuando los oficiales estudiaron táctica y la doctrina del mando de tropa. Para hacerse una idea del desafío, baste recordar que en los primeros meses de 1879 apenas unos dos mil soldados de línea tenían alguna experiencia de combate, y que en toda la guerra se alistaron más de sesenta mil hombres. Además, esa experiencia se había ganado en los bosques del sur, con características bien distintas a las del desierto y la sierra peruana.

Cabe señalar, también, que la formación de los pocos oficiales que contaban con estudios superiores en Francia o en Chile estaba orientada hacia las matemáticas,

aplicada a la ingeniería y a la artillería. Simplemente no existía una academia de Estado Mayor que les proporcionara orgánicamente los conocimientos del arte de la guerra. Son, pues, interesantes los relatos de las discusiones que se producían entre los oficiales que se abanderaron por las tácticas de Antoine-Henri Jomini (jefe del Estado Mayor de Napoleón y asesor militar en otras guerras europeas) y los que preferían la escuela prusiana de Carl von Clausewitz. Ambas doctrinas se habían enfrentado recientemente en la guerra franco-prusiana (1870-1871). Hay constancia de que circulaban entre los oficiales textos de Jomini como el *Tratado de las grandes operaciones militares* y *Los principios de la estrategia* y una traducción parcial de *Vom Kriege (De la Guerra)* de Clausewitz hecha por un capitán de origen danés radicado en Chile, Otto von Moltke, que caería heroicamente en Chorrillos siendo ayudante del Regimiento Chacabuco.

De esta suerte, el lapso entre febrero y septiembre de 1879 no fue desperdiciado y los oficiales, clases y soldados tuvieron una instrucción práctica y teórica para esta guerra del desierto, calificado por Bonaparte como el más difícil de los escenarios bélicos. Mientras tanto, había que esperar que llegaran los embarques de elementos bélicos comprados en el extranjero.

En la Marina la situación era distinta. Básicamente se modernizó la artillería de algunos buques y se enmendó su menguado estado operativo. Las dotaciones no variaron sustancialmente, solamente estas fueron completadas y su personal tuvo tiempo para realizar prácticas de tiro y afinar la puntería, como quedó demostrado en el curso de la guerra. También se anexaron a la Escuadra una cantidad importante de naves de transporte a través de compras, arriendos y préstamos.

El plan del Gobierno de atacar el Callao fue rechazado por el almirante Williams, pero, dado que Rafael Sotomayor estuvo de acuerdo con él, la diferencia no pasó a mayores. ¿Qué capacidades había en la casa de Gobierno para realizar planes de guerra?

Arteaga, en cambio, entre otras medidas de carácter práctico, propuso crear una brigada de pontoneros y constructores, pero al Gobierno le pareció que era suficiente con la existente unidad de zapadores, cuyas funciones son distintas. Hechos como el relatado desgastaron las relaciones entre el general y las

autoridades en Santiago que parecían no entender la necesidad de darle abrigo a los soldados, construir letrinas, hospitales, bodegas, cuarteles y talleres.

Como se ha dicho, las autoridades civiles y militares parecían no comprender bien los roles de la otra parte y el diálogo tropezaba, ya fuere por la distancia o la desconfianza entre ellas. Así, las gestiones del Gobierno para que el general en jefe elaborara un plan de campaña con la ayuda de civiles fue percibido por Arteaga como un insulto a sus prerrogativas y una desconfianza en sus capacidades.

En efecto, al momento de definir si el próximo objetivo de la guerra sería Tarapacá, Tacna o Lima, el Gobierno no consultó como correspondía la opinión de los jefes militares. Al consejo de guerra que definiría la próxima campaña, citado en Antofagasta en junio de 1879, solamente fueron invitados el general Arteaga y el almirante Williams; los demás participantes eran todos civiles (Santa María, Sotomayor, Vergara y José Alfonso). No fueron considerados los generales Escala, Baquedano y Villagrán ni los jefes de los estados mayores del Ejército y la Armada. Tampoco los jefes de las principales unidades tácticas. El almirante Williams se negó a participar en tan anómala reunión.

Sin duda que, como se ha dicho, la definición del objetivo político-estratégico siempre debe ser responsabilidad del poder político, pero ello no obsta para que la autoridad política consulte al mando militar sobre la factibilidad de las diferentes opciones. Aun más, en una época donde no existían instituciones como estados mayores permanentes, mando centralizado de las fuerzas armadas ni instancias de diálogo continuo entre autoridades civiles y militares.

Ante el nombramiento de Rafael Sotomayor como comisario general del Gobierno con las atribuciones de director superior de la guerra —que por la Constitución le correspondían exclusivamente al presidente de la República—, el general Arteaga presentó su renuncia, siendo nombrado el general Erasmo Escala como nuevo general en jefe.

Escala continuó la labor organizativa de su antecesor en cuanto a los ejercicios de la tropa y las instrucciones sobre ordenanza y táctica para los oficiales.

Es necesario hacer notar que los jefes del Ejército chileno no tenían experiencia en operaciones bélicas de gran escala ni en las tareas de abastecimiento. Tampoco habían recibido instrucción en el extranjero, salvo contadas excepciones como el general Arteaga, el coronel Emilio Sotomayor, el teniente coronel José Francisco Gana, los mayores Diego y Baldomero Dublé Almeyda y unos pocos más, siempre en especialidades técnicas, como se ha dicho. Tampoco existía un órgano de planificación y la mayor parte de las fuerzas militares estaban en la Frontera cumpliendo labores más cercanas a las policiales, conteniendo las fricciones entre indios y colonos y construyendo caminos, tendiendo el telégrafo y levantando fuertes que servirían de germen a nuevas ciudades.

Lo anterior, unido a la falta de convencimiento del presidente Pinto y del ministro Santa María de resolver el conflicto planteado bélicamente, pueden explicar que las autoridades nacionales no confiaran en dejarle la toma de decisiones en asuntos castrenses y el manejo de las operaciones militares a los generales y almirantes.

Primera etapa de la guerra terrestre

A partir de mediados de junio de 1879 comenzaron a llegar a Valparaíso los embarques de armamento desde Europa y Estados Unidos, con lo que las fuerzas chilenas quedaron en condiciones de iniciar avances hacia territorio enemigo. Cuando el almirante Williams aseguró que el Huáscar ya no era una amenaza letal para el desplazamiento de un convoy de tropas hacia el norte, el Gobierno dio la orden de zarpe. Muy poco después de la decisión presidencial, el principal buque peruano fue neutralizado, con lo que Chile pasó a dominar sin obstáculos el mar de la zona de guerra.

La primera decisión estratégica fue asegurar el territorio boliviano reivindicado mediante la conquista del departamento peruano de Tarapacá. Para ello, se proyectó una fuerza que desembarcara en un lugar entre Arica e Iquique y que pudiera derrotar por separado a los contingentes aliados estacionados en la zona, evitando su conjunción. El lugar definido para el desembarque fue el puerto de Pisagua.

Sabemos que los planes del Gobierno de atacar Callao recién declarada la guerra, primero, y de forzar un enfrentamiento decisivo entre las escuadras chilena y peruana mediante el bloqueo del puerto de Iquique y hostilizando la costa de Tarapacá, más adelante, no dieron los resultados esperados. Asimismo, el plan de Williams de atacar en mayo de 1879 a los buques peruanos en su base del Callao fracasó, aunque el naufragio de la Independencia en Punta Gruesa el 21 de mayo mermó fuertemente el poderío naval peruano y su capacidad táctica.

Más allá de los errores cometidos en las operaciones de desembarco de Pisagua y en la conducción de las fuerzas en las batallas de Dolores y Tarapacá, Chile obtuvo el objetivo estratégico de controlar el departamento de Tarapacá. Siempre las cosas pueden hacerse mejor, pero es preciso comprender que el ejército expedicionario chileno estaba todavía en un proceso de formación. El principal error de esta campaña fue la apresurada incursión a la quebrada de Tarapacá, donde los jefes chilenos aprendieron la lección de una manera trágica.

La mayor responsabilidad por lo sucedido en Tarapacá le corresponde al general Arteaga —a nuestro juicio— por su decisión de entregar el mando de una fuerza de exploración desproporcionadamente grande para la misión encargada de exploración al coronel de milicias José Francisco Vergara, quien avanzó más allá de lo conveniente y desobedeció instrucciones, con lo que comprometió una batalla contra una fuerza ignota. A pesar de que el ministro Sotomayor responsabilizó directamente a Vergara de lo ocurrido y lo hizo regresar a Santiago, después de la lamentable muerte del ministro, el Gobierno nombró a Vergara en su reemplazo. ¿Qué pensarían los oficiales superiores de ese juego?

Como se ha dicho, Vergara unía a sus numerosas cualidades y valor, una desmedida ambición política lo que nos hace pensar que pretendió conquistar el sillón de La Moneda en base a sus acciones en los campos de batalla, las que eran sistemáticamente relatadas y ensalzadas en la prensa por el periodista Eloy Caviedes, quien gozó de información privilegiada cuya difusión obligó a Baquedano a someterlo a proceso y a prohibirle el ingreso a la zona de guerra. Con lo recién dicho no se quiere desconocer la capacidad organizativa de Vergara y los esfuerzos que dedicó en varios episodios durante la guerra.

La victoria peruana en Tarapacá fue pírrica, ya que a pesar de ella abandonaron en manos chilenas el rico territorio de Tarapacá. A fines de noviembre de 1879, Chile había sumado a los territorios ya reivindicados de Bolivia, el departamento peruano de Tarapacá (desde el Loa hasta la quebrada de Camarones). Así ocurrió algo inimaginable nueve meses atrás: Chile quedó en posesión de todas las fuentes de salitre del mundo y muy rápidamente las exportaciones del nitrato se reiniciaron, con lo que la guerra tuvo financiamiento, calmando de paso a los mercados europeos nerviosos ante una eventual escasez del fertilizante.

El debate en la capital chilena se centró entonces en cuáles deberían ser los siguientes pasos para afianzar la posesión de los territorios ocupados. No había consenso entre el presidente Pinto, el Congreso y la opinión pública. Tampoco había un criterio uniforme sobre quienes debían encabezar las fuerzas terrestres y navales desplegadas en el norte, mientras las pugnas entre el ministro de la Guerra y Marina en Campaña Rafael Sotomayor con los jefes del Ejército Expedicionario del Norte y la Armada habían trascendido a la opinión pública.

Los dirigentes políticos recelaban de los jefes militares y estos últimos reprobaban la intromisión de los políticos en lo que ellos consideraban sus legítimas facultades. El fantasma de un nuevo general victorioso sentado en La Moneda era algo que inquietaba a muchos políticos, a pesar de que en idéntica situación el general y presidente Manuel Bulnes había demostrado con creces no ser partidario del militarismo.

En octubre había asumido el mando de la escuadra el almirante Galvarino Riveros en reemplazo del renunciado Williams Rebolledo. Williams había tratado infructuosamente de obtener permiso para levantar los bloqueos y operar sobre los restos de la escuadra peruana, razón por la que renunció, siendo acompañado por su Estado Mayor.

En marzo de 1880 la renuncia del general Erasmo Escala obligaba al Gobierno a nombrar un tercer general en jefe en menos de un año. Escala había continuado la ruta de su predecesor y logrado organizar y preparar las fuerzas chilenas para la guerra. Además de organizar el Cuerpo de Ingenieros y la Compañía de Pontoneros

y Constructores, se fortalecieron los servicios de intendencia, de comisaría y de abastecimiento. También se formó una unidad de exploración.

El entrenamiento para la guerra incluyó las fórmulas de combate comprobadas en la reciente guerra franco-prusiana de formación en guerrillas en reemplazo de las formaciones en línea. El alcance y cadencia de tiro de los nuevos fusiles y las ametralladoras habían tornado inadmisibles los grupos de soldados compactos y se hacía necesario mantener cierta distancia entre hombre y hombre y aprovechar las características del terreno. Las prácticas de tiro y el combate cuerpo a cuerpo eran intensas y se convirtieron en un factor decisivo a lo largo de esta extensa guerra.

Prosecución de la guerra

Al inicio de las operaciones, la opinión prevaleciente tanto en las esferas del gobierno chileno como en algún general cuya opinión contaba, José Antonio Villagrán, era que el objetivo político de la guerra había sido anular inapelablemente el alza de 10 centavos por quintal métrico de nitrato (100 kg) decretada por Bolivia, medida que había infringido lo dispuesto sobre el particular por el Tratado de Límites vigente, de manera que habiéndose alcanzado por la fuerza de las armas ese propósito, lo que ahora correspondía era acordar la paz. Pero la relativa facilidad con que se habían conquistado Antofagasta y Tarapacá llevó a pensar en Santiago que este último, territorio peruano, muy bien podría ser anexada al territorio nacional, con lo que el país pasaría a ser el único proveedor de salitre del mundo. Lo anterior plasmó la idea de conquistar otra franja de territorio más hacia al norte –los departamentos peruanos de Arica, Tacna y Moquegua– para establecer una línea defensiva, y aquello se convirtió en el siguiente objetivo encargado al ministro Sotomayor.

Como primera tarea, el ministro Sotomayor dispuso una expedición al puerto de Mollendo en marzo de 1880 destinada a destruir las instalaciones peruanas en la zona. Lejos de limitarse a ordenar la expedición, el ministro también organizó sus detalles, lo cual provocó un conflicto con Escala y su Estado Mayor. El ministro tomó unidades de diferentes divisiones para crear esta nueva fuerza sin considerar las opiniones de los militares. Igualmente, Sotomayor dispuso la fecha de embarque,

comunicándola al Estado Mayor la tarde del día anterior. Obviamente, la instrucción no pudo llevarse a cabo y se debió esperar un día más para su cumplimiento. Esta operación le generó fuertes reclamos al Gobierno chileno por la destrucción de propiedades pertenecientes a extranjeros y no tuvo mayor influencia en el desarrollo de la guerra.

Seguidamente, el ministro dispuso una expedición a Moquegua a cargo del general Baquedano. Las instrucciones que le impartió fueron buscar al enemigo estacionado en Moquegua, batirlo y apoderarse de la plaza.

La incursión liderada por Manuel Baquedano culminó con una maniobra de doble envolvimiento con amarre frontal. Para ello dispuso que el Batallón Atacama atacara el ala derecha enemiga parapetada en las alturas del cerro Los Ángeles mientras otra agrupación de fuerzas hacía algo similar por el sector contrario. Mientras tanto, Baquedano tomó el mando directo de una fuerza de las tres armas con el objetivo de distraer a los enemigos del avance de las fuerzas de envolvimiento.

El éxito del plan hizo que la fuerza enemiga se retirara en desbandada del campo de batalla y prácticamente se disolviera, a pesar de que se habían desplegado en una posición considerada inexpugnable en guerras anteriores –los peruanos las llamaban “las Termópilas”–. Baquedano, con esta victoria en Los Ángeles, comenzó a brillar con luz propia, pero rápidamente las loas iniciales dirigidas al hombre que había dirigido la batalla fueron traspasadas por la prensa al Batallón Atacama, la unidad que se había destacado en este combate. El general solo había tenido fortuna, dijeron algunos políticos y periodistas...

La relación entre el ministro y Escala fue de mal en peor hasta que el general debió abandonar su puesto. Para elegir a la nueva cúpula militar (general en jefe y jefe del Estado Mayor), se consideraron los nombres de los generales José Antonio Villagrán y Manuel Baquedano, y de los coroneles Gregorio Urrutia, José Velásquez y José Francisco Vergara en diferentes combinaciones. Ante la falta de acuerdo en Santiago, el presidente delegó la decisión en el ministro Sotomayor, aunque recomendando a la dupla Baquedano-Velásquez.

Baquedano general en jefe

Finalmente, como se acaba de señalar, el nuevo general en jefe elegido provisoriamente el 3 de abril de 1880 fue Manuel Baquedano, tal vez porque el mundo político pensó que sería un hombre fácil de controlar y porque no constituiría una amenaza para las pretensiones liberales en las elecciones presidenciales que se aproximaban. Muchos pensaban que Baquedano no tenía las capacidades ni la personalidad suficiente, por lo que sería un instrumento fácil de manejar para los directores civiles de la guerra. Como jefe del Estado Mayor General fue nombrado el coronel José Velásquez.

Baquedano, muy rápidamente se conquistó el aprecio y respeto de los demás jefes militares y el cariño de los soldados, a pesar de que impuso una férrea disciplina. O tal vez por eso mismo. Los campamentos mejoraron en orden y, según se lee en varias correspondencias a Santiago, se terminaron los chismorreos y la unidad imperó en el alto mando.

Desde el comienzo planteó que había que tomar la ofensiva y derrotar a las fuerzas enemigas donde se encontraran. El general entendía que los aliados peruano-bolivianos no tomarían la iniciativa y que las dilaciones menoscababan los intereses de Chile. Baquedano logró convencer al ministro Sotomayor de su postura y este hizo esfuerzos para persuadir al presidente. Por su parte, la prensa y el Congreso demandaban al presidente Pinto conquistar Lima para definir pronto la guerra.

Es así como Baquedano fue en busca del enemigo primero en Tacna y luego en Arica para comenzar inmediatamente los preparativos de la campaña de Lima. La muerte de Sotomayor, acaecida en los días previos a la batalla de Tacna, fue un duro golpe para el presidente Pinto ya que toda su confianza para dirigir la guerra y para sucederlo en la Presidencia la tenía depositada en su ministro.

A estas alturas del presente análisis nos parece muy importante destacar la gran importancia que tuvo para el desenlace de esta guerra la conquista de los departamentos de Moquegua, Tacna y Arica tras las batallas de Los Ángeles (22/03/1880), Tacna o Campo de la Alianza (26/05/1880) y Arica (07/06/1880). Esta zona era el centro de comunicaciones de los aliados. Era aquí donde peruanos y

bolivianos habían desplegado sus principales fuerzas terrestres. En esta oportunidad el objetivo político estratégico del Gobierno fue acertado y las fuerzas bajo el mando de Manuel Baquedano en estos tres enfrentamientos cumplieron con lo requerido.

Pero también hay que decir que el plan original de La Moneda era ocupar Moquegua y esperar a que las tropas aliadas destacadas en Tacna, Arica y Arequipa acudieran a la zona ocupada para expulsar a los invasores. Pinto era firme partidario de la guerra defensiva. Después de su triunfo en Los Ángeles Baquedano captó rápidamente que el enemigo no se movilizaría y recomendó privarlo del tiempo que necesitaba para concentrar más fuerzas. Aquello significaba tomar la iniciativa mediante un resuelto avance hacia el sur con el fin de aniquilarlas, evitando así tenerlas a sus espaldas durante la próxima campaña, estrategia que contó con el respaldo de Rafael Sotomayor.

El resultado de esta campaña significó la destrucción de las principales unidades de los aliados, la pérdida de su artillería y buena parte del armamento de infantería y, lo más relevante, provocó el retiro definitivo de Bolivia de la guerra, dejando al Perú prácticamente solo frente a Chile. En toda esa maniobra, la presencia activa de Baquedano fue determinante.

Por lo anterior, la guerra debió haber terminado a mediados de 1880, pero faltó en Perú un liderazgo suficientemente fuerte como para enfrentar la responsabilidad de reconocer la derrota y buscar una salida que minimizara sus pérdidas.

El mayor error cometido por los países aliados fue no haber separado la dirección política de la conducción militar, tal como lo hizo Chile; aunque se produjeron numerosas intromisiones innecesarias e inconvenientes del Gobierno en el ámbito de las decisiones militares, con lo que entorpeció las campañas y alargó innecesariamente la guerra.

El Gobierno, a pesar de la insistencia de Baquedano en orden a iniciar a la brevedad el camino hacia la capital peruana, paralizó el movimiento del Ejército y optó por aceptar conversaciones de paz bajo el alero de los Estados Unidos, dilatando así la decisión de la guerra. Las posiciones de Chile y las potencias coaligadas fueron

absolutamente irreconciliables. Mientras Chile no aceptaba retroceder más al sur de la quebrada de Camarones (75 km al sur de Arica), los aliados exigían el regreso a las fronteras de antes de la guerra.

Se perdieron seis preciosos meses antes de enfilarse rumbo a Lima, lo que le permitió al presidente Nicolás de Piérola preparar las defensas de Lima, fabricar cañones y comprar armamento.

En octubre de 1880 el Gobierno le dio una nueva estructura al Ejército de Operaciones del Norte, sin consultar al general en jefe ni al Estado Mayor. Se desarmaron las cuatro divisiones que ya habían alcanzado un buen nivel de coordinación táctica y se crearon tres divisiones de dos brigadas cada una, mezclando unidades sin un criterio racional. Como si lo anterior fuera poco, el Gobierno designó a los jefes de las divisiones y brigadas, lo que iba más allá de sus atribuciones legales. Se nombró jefe del Estado Mayor al general Marcos Maturana a pesar de lo bien que había funcionado la combinación de Baquedano con Velásquez.

Baquedano pudo bien haber presentado su dimisión ante la grave intrusión en sus atribuciones, pero sabiamente optó por callar y siguió preparando al Ejército para la campaña decisiva, apoyándose en las personas que más confianza le daban, como los coroneles José Velásquez y Pedro Lagos y el civil Máximo Lira Donoso, secretario del Ejército. Baquedano también aquilató las virtudes militares de Patricio Lynch y por eso le encargó después la tarea más compleja en la batalla de Chorrillos.

Obtenida la anuencia presidencial, Baquedano embarcó las tropas y en pocas semanas hizo su ingreso a Lima. Es interesante constatar que, como se adelantó más arriba, las dos campañas dirigidas por Baquedano desde el momento en que asumió el mando del Ejército de Operaciones del Norte y hasta su entrada a Lima, descontados los tiempos de inactividad forzosa, se limitaron a solo cuatro meses y medio. Efectivamente, el general se demoró dos meses desde que asumió el mando hasta la toma del Morro de Arica, y dos meses y medio más desde que recibió autorización para marchar sobre Lima hasta su conquista.

Todo lo anterior en el contexto de una guerra que duró más de cinco años.

En ese periodo, Baquedano no solo debió vencer las duras marchas por el desierto y a las fuerzas enemigas en Tacna, Arica, Chorrillos y Miraflores, sino que imponerse repetidamente a las transgresiones del nuevo ministro de Guerra José Francisco Vergara, y a las diatribas de la prensa manejada por este.

La conducción militar de Baquedano durante su mando fue —a nuestro juicio—meritoria y corrigió algunos defectos cometidos en las operaciones previas. Por ejemplo, el desembarco en Lurín, al sur de Lima, consultó la presencia de una fuerte avanzada que hizo la ruta por tierra ante la eventualidad de tener que proteger el desembarco y evitar eventuales dificultades y las pérdidas que se afrontaron en el desembarco en Pisagua. Tampoco dividió las tropas frente a un enemigo superior en las puertas de Lima, tal como lo aconsejó el ministro Vergara en el Consejo de Guerra previo a la batalla, propuesta que repetía el error de Tarapacá.

El uso de la sorpresa estuvo presente en mayor o menor grado en todas las batallas bajo su mando. Igualmente, hizo un uso muy profesional de la exploración, la ofensiva y el uso de los medios. Nunca renunció a conservar la unidad de mando, incluso desoyendo las instrucciones presidenciales en algún momento. Demostró siempre maestría en el despliegue de las fuerzas en los campos de batalla y su liderazgo fue fuerte y consistente. Baquedano nunca titubeó y una vez tomada una decisión sabía mantenerla a todo trance.

En la historiografía chilena y argentina se destaca la táctica empleada por el general José de San Martín en la batalla de Maipú. San Martín atacó frontalmente a las fuerzas realistas usando una trayectoria oblicua con parte de las fuerzas, similar a lo determinado por Baquedano en Tacna que usó un centro de gravedad cargado a la izquierda del dispositivo enemigo. Mientras lo realizado por el general argentino es calificado como una obra táctica genial, lo hecho por Baquedano recibió críticas muy ácidas de algunos políticos de la época y después de algunos historiadores.

Triste es decirlo, pero el primer informe a Santiago sobre los resultados de la batalla de Tacna del ministro Vergara apuntaban a que esta batalla había sido un desastre similar al de Tarapacá. El ministro, que además ocupaba el cargo de comandante

general de la Caballería, estaba muy molesto porque el general distribuyó los regimientos de caballería en las diferentes divisiones, despojándolo del mando directo.

Tal nombramiento había sido una suerte de compensación a Vergara por no haber sido nombrado jefe del Estado Mayor, como se le había prometido. Esta temeraria intrusión del Gobierno fue manejada sabiamente por Baquedano, de la forma recién expuesta. El nombramiento político de Vergara de jefe de la Caballería produjo malestar entre los oficiales de línea de mayor rango y experiencia como el coronel Manuel Bulnes.

Si bien hay pocos relatos escritos de los planes de Baquedano y su Estado Mayor antes de cada batalla, lo que se ha recogido de oficiales que combatieron junto a él nos hace pensar que el general, además de su indiscutida habilidad en el mando de tropas, había estudiado táctica antes de asumir el mando. Lamentablemente de sus libros y apuntes, que pasaron a manos del historiador Gonzalo Bulnes, no se han entregado mayores antecedentes.

Gracias al libro “Las Cuatro Campañas de la Guerra del Pacífico” de Alejandro Machuca⁵ conocemos algunas de las instrucciones del general a los jefes de unidades antes de la batalla de Tacna, después de haber dado a conocer su plan de batalla.

Por ejemplo, le dice al coronel Amengual: “Lo dicho mi coronel. Encerrar a la izquierda”. El coronel Gorostiaga retransmite el plan de batalla a sus oficiales diciendo: “El general quiere una victoria rápida para terminar con las privaciones. El enemigo tiene un frente de 10 km. Presentará un punto débil; por ahí hay que partirlo y por eso las divisiones irán escalonadas. En último caso entra la poderosa reserva y lo extermina”.

A la caballería, su propia arma, le dio una instrucción perentoria: “En caso de un revés, la caballería se dejará matar para salvar a la infantería”, demostrando que entendía el correcto uso e importancia de las diferentes armas.

⁵ La Academia de Historia Militar ha realizado recientemente una reedición de esta importante obra.

Las instrucciones de Baquedano estaban muy distantes a ordenar ataques frontales suicidas, como lo han señalado un par de autores. De hecho, mientras Vergara opinaba que las líneas defensivas extensas y delgadas, como las de Tacna y Chorrillos, había que envolverlas, Baquedano entendía que había que forzarlas con maniobras frontales. Baquedano privilegiaba los avances bajo el amparo de las sombras de la noche para caer tempranamente sobre el enemigo y descartaba envolvimientos demasiado largos que serían imposibles de ocultar al enemigo. Cuando las posiciones enemigas ameritaban un envolvimiento, Baquedano lo aplicaba tal como fue en Los Ángeles, su primera victoria poco antes de ser designado general en jefe.

En las Memorias del general peruano Andrés Cáceres se puede apreciar la sorpresa del “Brujo de los Andes” en Chorrillos cuando se dio cuenta que tropas chilenas se habían infiltrado detrás de sus líneas, sin disparar un solo tiro.

Sin duda, Baquedano coincidió con Clausewitz en su forma de dirigir las batallas. Ya fuere porque lo había estudiado o por mera intuición. Veamos dos párrafos escritos por el estratega prusiano:

Las consecuencias es que tales líneas, si son cortas y por lo tanto relativamente bien guarnecidas, serán envueltas, y si son extensas y no están debidamente guarnecidas, serán tomadas de frente sin mayor dificultad.

El atacante que sale en busca de una gran decisión no tiene motivos para dividir su poder, y la mayoría de las veces en que esto ocurre de todos modos ha de ser considerado un error de falta de claridad. Así que debe avanzar con sus columnas en una anchura tal que todas puedan batirse al mismo tiempo. Si el enemigo ha dividido su poder, esto será tanto o más ventajoso para el atacante.

Si Baquedano conocía los principios de la guerra, los aplicó perfectamente. Si solo los intuía, se podría decir que su conducción rayó en la genialidad.

Pero la grandeza del general Baquedano no se debe solo al empleo de tácticas que lo llevaron a ganar todas las batallas que condujo en la guerra del Pacífico. También demostró capacidades estratégicas que lamentablemente fueron escasas en el Gobierno de la época.

Primeramente, siempre bregó para imprimirle velocidad a la guerra. Así, por ejemplo, recién terminada la batalla de Tacna, se preocupó de los heridos y de continuar lo antes posible la captura de Arica para seguir sin dilación a Lima. El general conocía la importancia de la velocidad y la sorpresa en la guerra.

Asimismo, para apresurar la firma de la paz, Baquedano se opuso al retiro prematuro de tropas del Perú. En efecto, le expresó verbalmente y por escrito al ministro Vergara sus razones para no apresurar imprudentemente la desmovilización del ejército de ocupación. En tal sentido, el 6 de febrero escribió al ministro una larga carta de la cual destacamos algunos párrafos:

Refiriéndome a las dos conferencias que hemos celebrado para cambiar ideas sobre la reducción del ejército de operaciones, creo oportuno manifestar a US. por escrito cuál es la opinión que sobre este punto me he formado después de maduras reflexiones.

[...] Para mí, la reducción del ejército de ocupación no es oportuna por el momento. Sin que la campaña haya llegado aún al término natural de la paz afianzada por tratados, el licenciamiento de algunas tropas sería para el enemigo indicio de que nuestras fuerzas o nuestros recursos se habían agotado y le serviría de estímulo para no apresurar las negociaciones ya iniciadas.

Esperar pues, para principiar a efectuar el licenciamiento de nuestras tropas, que se despeje un poco el horizonte de la paz, me parece un arbitrio necesario y prudente, tanto más cuanto que la solución de esas cuestiones no puede demorar largo tiempo. Ajustado un tratado cualquiera, la reducción del ejército podrá hacerse sin inconveniente.

[...] A mayor abundamiento, permítame V.S. recordarle que, no siendo la presente la época en que se necesitan en Chile muchos brazos para las faenas agrícolas, la repatriación de un considerable número de soldados que no hallarían ocupación pronta, sería hasta cierto punto inconveniente.

En una segunda carta del 9 de febrero de 1881 le expresa al ministro Vergara, entre otras cosas que:

[...] cada día me convengo más de que esa reducción no es prudente en el momento actual en que va a ser necesario apoyar con fuerzas respetables las medidas de

rigor que es forzoso aplicar a este fin para inclinarlo a la paz [...].

A este respecto V.S. convendrá conmigo en que diez mil hombres de las tres armas serán insuficientes para ocupar los valles del norte y aun algunos del sur como los de Ica, Chincha y Cañete. Más, ya que V.S. tiene formada una resolución sobre el particular, lo que me cumple hacer es consignar mi opinión y someterme a las decisiones del Supremo Gobierno.

Desafortunadamente, el presidente Pinto prefirió optar por el camino recomendado por Vergara y reducir casi a la mitad las fuerzas de ocupación. Más adelante, el Gobierno debió enviar nuevas tropas y en los momentos en que se empeñaba la Batalla de Huamachuco en julio de 1883, Chile se preparaba para mandar un nuevo contingente al norte.

Dos años largos tuvieron que pasar desde la toma de Lima, donde desaparecen los restos del ejército de línea peruano, hasta el fin de las hostilidades. Y la firma del Tratado de Paz y la repartija de Tacna y Arica debieron esperar hasta 1929, o sea medio siglo más, antes para concluirse. Como sabemos, en este tratado no se incluyó el límite marítimo, lo que nos llevó a la Corte de La Haya y a la pérdida de un territorio marítimo del orden de los 50 mil km² entre mar territorial y zona económica exclusiva.

Es cierto que también influyó en la demora para alcanzar la paz la presión extranjera, especialmente francesa y norteamericana. Otro factor que influyó en la demora para abrir negociaciones de paz fue la negativa de Vergara para reconocer al presidente Piérola como interlocutor válido... ¡porque había reclamado duramente a la prensa unas presuntas brutalidades cometidas por integrantes de las fuerzas de ocupación!

Personalidad de Baquedano

Manuel Baquedano era un hombre de pocas palabras, enemigo de la verborrea. No obstante, su conversación era entretenida y educada; tenía muchos amigos entre las familias de la alta sociedad como los Errázuriz Echáurren, los Concha Subercaseaux y los Pereira. Su modestia personal y la vida de cuartel no le habían impedido cultivar sus maneras.

El cariño que le tuvieron sus soldados se traspasó rápidamente al pueblo. Sus idas frecuentes a tomar desayuno al Mercado Central y sus caminatas al cerro Santa Lucía lo hacían muy cercano a toda la gente.

Lo realizado por el general Baquedano no fue producto de la casualidad. No solo fue capaz de salir victorioso en todas los combates y batallas en que participó o dirigió. También tenía lo que Napoleón llamaba “el golpe de vista”, esa capacidad para evaluar el conjunto de la situación y resolver lo adecuado.

Las reiteradas recomendaciones de Baquedano al presidente Pinto y a los ministros Sotomayor y Vergara para proseguir con la guerra rápidamente y no retirar tropas prematuramente del Perú, demuestran que el general era un hombre que entendía mucho de la guerra y del manejo de sus tiempos.

Según relata Benjamín Vicuña Mackenna, en una de las varias visitas de Baquedano al general boliviano Eliodoro Camacho en 1881, cuando este se encontraba detenido en San Bernardo, ambos entablaron una discusión sobre la batalla de Tacna. Camacho sostenía que si los aliados hubieran podido materializar el ataque al campamento chileno la noche previa, otro pudo haber sido el resultado de la batalla. El argumento de Baquedano habría sido que él tenía la más absoluta confianza en sus posiciones, en sus medidas, e invocaba además al mariscal Turenne⁶, según el cual, *en una sorpresa los agresores están más expuestos que los agredidos*. Conocer el pensamiento del gran general francés revela que, sin ser un intelectual, distaba mucho de ignorar la historia militar.

Como un jefe militar no se improvisa, también conviene tener a la vista que Baquedano llegó a ser general en jefe después de una larga trayectoria en los cuarteles y los campos de batalla. A los quince años desobedeció a su padre, montó en un caballo armado de un yatagán a modo de sable y se metió en la batalla de Portada de Guías, que le abrió al general Bulnes las puertas de Lima. Volvió a combatir demostrando valor en los combates de Huaraz y Matucana, y en la batalla de Yungay.

⁶ Henry de La Tour d’Auvergne, vizconde de Turena (1611-1675), combatió en la guerra franco-española. Era uno de los autores predilectos de Napoleón en temas estratégicos.

En 1868 cumplió importantes misiones en la Araucanía ante levantamientos indígenas por lo que fue premiado con el nombramiento de comandante del Regimiento Cazadores a Caballo.

Hay muchas anécdotas que retratan al general Baquedano.

En la guerra civil de 1851 combatió junto al general Manuel Bulnes, quien lo distinguió como su ayudante de campo. En la batalla de Loncomilla, el general fue emboscado y la intervención de Baquedano le salvó la vida. En esta revuelta, Baquedano se enfrentó a su padre y uno de sus hermanos que combatieron por las fuerzas rebeldes.

El general se daba tiempo para visitar a los enfermos como una actividad muy frecuente y de ayudar a los más pobres con generosas limosnas. Sus bienes materiales fueron legados a las viudas y huérfanos de la guerra y a instituciones de caridad.

La vida privada del general Baquedano nos muestra a un militar con gran cariño por el campo y los caballos. Fue un exitoso agricultor en el sur y un eximio criador de caballos, contribuyendo al desarrollo del caballo chileno.

Conclusiones

No ha sido nuestro objetivo reivindicar a Baquedano porque no lo necesita. Siempre es posible analizar lo que ocurrió y cómo algo se pudo haber hecho mejor, sobre todo después de conocer los resultados. Su grandeza reside en que el hombre logró resultados gracias a la motivación y confianza que despertó en subalternos y soldados, y al empleo de sus convicciones sin vacilar en circunstancias complejas y desfavorables.

Su mando tenía una buena mezcla de control y de entregar iniciativa a los jefes de unidades. Era capaz de variar sus fórmulas de combatir según las circunstancias, pero una vez elegido un curso, lo mantenía. Enfrentó batallas concentrando el mando de la caballería y la artillería en algunas batallas o asignándola a las distintas divisiones, según lo aconsejara cada situación. Sabía planificar un ataque, pero también improvisar, como fue necesario en Miraflores al romperse tempranamente

la tregua concedida a los peruanos y cuando su plan de batalla estaba todavía en preparación.

Fue un militar que mantenía una fuerte disciplina, pero al mismo tiempo se ganaba el respeto, la lealtad y el cariño de sus tropas. Fue un soldado admirado y querido por el pueblo.

Sin desmerecer lo hecho por otros jefes, Baquedano le dio nuevo impulso a la guerra y acotó las intromisiones políticas en el manejo de lo que competía al general en jefe según la Ordenanza militar.

Una vez que regresó a Chile, fue recibido en forma apoteósica por la ciudadanía de Valparaíso y Santiago y su figura fue respetada por todos.

Fue un hombre que dedicó sin claudicaciones su vida entera a la patria. Desde que siendo adolescente se embarcó oculto para ir a la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana hasta que murió a los 74 años, consagró sus mejores horas y esfuerzos al engrandecimiento de su querido Ejército. Se le suele criticar diciendo que era un militar y solo un militar, pero, ¿se le puede reprochar eso a un oficial del siglo XIX? ¿O a un científico del siglo XIX? ¿O a un sacerdote del siglo XIX?

Son preguntas válidas de hacernos y, aflojando por un rato las riendas a nuestra imaginación en la senda de la historia contrafactual: ¿Cómo habría sido Chile si el general Baquedano hubiera cometido un error táctico en Tacna o en las batallas previas a la toma de Lima? ¿Cuál sería la extensión del territorio nacional hacia el norte? ¿Y hacia el sur? ¿Cómo sería la personalidad de los chilenos de haberse perdido la guerra del 79?

Hoy, Chile tiene una deuda de gratitud con el general Manuel Baquedano González.

----- ooOoo -----